

SUSAN COOLIDGE

Lo que hizo Katy en la escuela



Traducción del inglés de
Raquel García Rojas

Siruela

Las Tres Edades



ÍNDICE

1	Conic Section	9
2	Un nuevo año y un nuevo plan	27
3	En camino	41
4	El «convento»	53
5	Rosas y espinas	67
6	La SACID	81
7	Injusticia	100
8	Cambios	114
9	Las vacaciones de otoño	127
10	Un hatillo de cartas	149
11	Regalos de Navidad	165
12	Esperando la primavera	181
13	El paraíso recuperado	192

CAPÍTULO 1

Conic Section

Fue justo después de aquella feliz visita que conté al final de *Lo que hizo Katy* cuando Elsie y John hicieron su famosa excursión a Conic Section; una excursión que ninguna de las dos olvidó jamás y por la cual la familia se burló de ellas durante mucho tiempo.

El verano había sido fresco, pero, como sucede a menudo después de veranos así, el otoño resultó inusualmente caluroso. Parecía que los meses hubieran estado jugando y se hubiesen «cambiado el sitio»; como si septiembre estuviera decidido a demostrar que sabía hacerse tan desagradable como agosto si le apetecía. Durante la segunda mitad de la estancia de la prima Helen, el bochorno fue exagerado y ella lo acusó en gran medida, aunque los niños hicieron todo lo posible para que estuviera cómoda: habitaciones sombreadas, agua helada y abanicos. Todas las tardes, los chicos sacaban su sofá al porche con la esperanza de que refrescase, pero no servía de nada: las noches eran tan cálidas como los días, cuando el polvo amarillento suspendido en el aire hacía que la luz del sol pareciese densa y abrasadora. En los árboles ya había algunas hojas otoñales, pero estaban

arrugadas y tenían un color muy feo. Clover dijo que parecía que las hubieran cocido hasta ponerse rojas, como las langostas. En general, fue un mes difícil, y la llegada de octubre no supuso una gran diferencia: la calima persistía, y el calor; y el viento, cuando soplaba, no tenía nada de refrescante, sino que parecía haber pasado por algún gran horno que hubiera destruido toda su vitalidad y su fragancia.

A pesar de todo, era maravilloso ver cómo Katy mejoraba y progresaba. Cada día cobraba más fuerzas. Primero, bajaba a cenar; luego a desayunar. Se sentaba en el porche por las tardes y servía el té. Fue como un milagro para los demás, al principio, verla andando por la casa, pero se acostumbraron con asombrosa rapidez; uno se acostumbra pronto a las cosas buenas. Sin embargo, hubo alguien que no, que nunca lo vio como algo natural; y esa fue la propia Katy. No podía bajar las escaleras, ni salir al jardín, ni abrir la puerta de la cocina para pedir algo sin una sensación de felicidad y de euforia para la que no tenía palabras. La vida menos limitada y más activa la favoreció en todos los sentidos. Las mejillas se le redondearon y adquirieron un tono rosado y tenía los ojos más brillantes. Su padre y la prima Helen observaron estos cambios con un placer indescriptible, y la señora Worrett, que un día se pasó por allí a almorzar, poco menos que gritó de la impresión al verla.

—¡Quién iba a decirlo! —exclamó—. La última vez que estuve aquí, parecía que hubieras echado raíces en esa silla para el resto de tus días, y mírate ahora, andando de un lado a otro con tanta energía como yo. ¡Vaya, vaya, una nunca deja de sorprenderse! Me alegra mucho verte así, Katherine. Ojalá tu pobre tía siguiera aquí. ¡Qué contenta estaría!

Es poco probable que la tía Izzie hubiese estado tan contenta, pues la estampa de un salón en el que a ojos vistas se hacía vida todos los días la habría horrorizado en extremo, pero en ese momento Katy no se acordó de aquello. Se sintió conmovida por la sincera amabilidad que había en la voz de la señora Worrett y recibió de buen grado el beso que esta le ofrecía. Clover llevó limonada y uvas, y todos se esforzaron por hacer que la pobre mujer estuviera cómoda. Justo antes de irse, les dijo:

—¿Por qué nunca consigo que vengáis a Conic Section? Estoy segura de que os he invitado muchas veces. Elsie y John están en la edad perfecta para disfrutar del campo. ¿Por qué no las mandáis conmigo durante una semana? Johnnie puede dar de comer a las gallinas, y perseguirlas también, si le divierte —agregó, mientras la pequeña Joanna pasaba corriendo por delante de ellas, tras uno de los polluelos de Phil—. Díselo, ¿lo harás, Katherine? Tenemos muchas gallinas en la granja. Puede correr tras ellas de la mañana a la noche si le apetece.

Katy se lo agradeció, pero no creía que las niñas quisieran ir. Le dio el recado a Johnnie y luego se olvidó del asunto. La familia estaba algo triste esa mañana porque la prima Helen acababa de irse, y Elsie estaba tumbada en el sofá, dándose aire con un gran abanico de palma.

—¡Madre mía! —suspiró—. ¿Algún día refrescará? No creo que pueda soportarlo ni un minuto más.

—¿No te encuentras bien, cariño? —le preguntó Katy, ansiosa.

—¡Sí, sí! Estoy bien —repuso Elsie—. Es solo este espantoso calor, y no ir nunca a un sitio más fresco. No hago más que pensar en el campo y desear estar allí, sintiendo la brisa. ¿No nos dejaría papá, a John y a mí, ir a Conic

Section a visitar a la señora Worrett? ¿Crees que accedería si tú se lo pidieras?

—Bueno —dijo Katy, sorprendida—, Conic Section no es exactamente «el campo», ¿sabes? Está justo a las afueras de la ciudad, a solo diez kilómetros de aquí. Y papá dice que la casa de la señora Worrett está muy cerca de la carretera. ¿Crees que os va a gustar, cielo? No puede hacer mucho más fresco que aquí.

—¡Seguro que sí! —replicó Elsie en un tono algo irritado—. Siempre hace más fresco en una granja. Hay más espacio para que corra el aire y... ¡todo es más agradable! No te imaginas lo cansada que estoy del calor de esta casa. Anoche apenas pegué ojo y, cuando conseguí dormir un poco, soñé que era una hogaza de pan y que Debby me estaba metiendo en el horno. Fue un sueño horrible. Me alegré mucho de despertarme. ¿No puedes preguntarle a papá si nos deja ir, Katy?

—Claro, si tanto te apetece, se lo preguntaré. Aunque... —Katy se detuvo y no terminó la frase.

Se le había aparecido una imagen de la oronda señora Worrett y dudó de que Elsie fuese a encontrar la granja tan agradable como esperaba. Pero a veces la auténtica bondad está en dejar que el otro se equivoque, y los ojos de Elsie tenían un aire tan melancólico que Katy no tuvo valor para discutir ni para negarse.

El doctor Carr no pareció muy convencido cuando oyó el plan.

—Hace demasiado calor —dijo—. No creo que a las niñas les vaya a gustar.

—¡Sí que nos gustará, papá, de verdad que sí! —clamaron Elsie y John, que se habían quedado junto a la puerta para enterarse de la suerte que corría su petición.

El doctor Carr sonrió al ver aquellas caras suplicantes, pero aún parecía un poco perplejo.

—Está bien —accedió al fin—, podéis ir. El señor Worrett viene mañana al pueblo a tratar unos asuntos en el banco. Se lo diré y Alexander puede llevaros por la tarde, cuando haga menos calor.

—¡Bien! ¡Bien! —gritó John, dando brincos, mientras Elsie se abrazaba al cuello de su padre.

—Y el jueves —continuó el doctor Carr— lo enviaré de nuevo a buscaros.

—¡Pero papá! —protestó Elsie—. Eso son solo dos días. La señora Worrett ha dicho una semana.

—Sí, ha dicho una semana —la secundó John—. Y tienen muchas gallinas y voy a poder darles de comer y perseguirlas todo lo que quiera. Aunque hace demasiado calor para correr mucho —añadió, pensativa.

—No lo mandarás a por nosotras el jueves, ¿verdad, papá? —insistió Elsie, ansiosa—. A mí me gustaría quedarme mucho más, pero la señora Worrett ha dicho una semana.

—El jueves —repitió el doctor Carr con voz firme. Luego, al ver que a Elsie le temblaba el labio y que se le habían llenado los ojos de lágrimas, añadió—: No te aflijas tanto, tesoro. Alexander irá a buscaros, pero si entonces aún queréis quedaros más tiempo, podéis enviarlo de vuelta con una nota en la que me digáis qué día os gustaría que fuese otra vez. ¿Os parece bien?

—¡Sí! —exclamó Elsie, enjugándose las lágrimas—. Muy bien, papá. Aunque es una pena que Alexander vaya a tener que ir dos veces, y con el calor que hace, porque estamos segurísimas de que queremos quedarnos una semana.

Su padre se rio y le dio un beso. Cuando todo estuvo organizado, las niñas empezaron a prepararse. Era muy

emocionante hacer las maletas y decidir qué llevarse y qué no llevarse. Elsie estaba radiante con tanto ajeteo. La simple idea de verse en el campo, el campo verde y fresco, la hacía de lo más feliz, proclamó. Lo cierto es que tenía un poco de fiebre y no se encontraba muy bien, y no sabía exactamente qué le pasaba ni lo que quería.

El viaje fue agradable, si no hubiera sido porque Alexander dio al traste con la solemnidad de John y ofendió mucho la dignidad de Elsie al preguntar, cuando salían por la puerta: «¿Sabén las señoritas dónde está ese lugar al que quieren ir?». Parte del camino, la carretera iba atravesando un bosque. Era bastante pantanoso, pero la densa espesura no dejaba pasar la luz del sol y había un fragante olor a pino y helechos. Elsie sintió que ya había empezado lo bueno y su ánimo fue creciendo con cada vuelta que daban las ruedas.

Poco después, dejaron atrás las arboledas y salieron de nuevo a pleno sol. El camino estaba polvoriento, y también los campos y las desgredadas gavillas de maíz que los salpicaban aquí y allá. Montones de polvorientas manzanas rojas yacían sobre la hierba, bajo los frutales. Unas cuantas vacas que bajaban por un sendero hacia sus establos mugían como abatidas y sedientas, lo que hizo que las niñas también tuviesen sed.

—Me muero por un trago de agua —dijo John—. ¿Crees que aún estará muy lejos? ¿Cuánto queda para llegar a casa de la señora Worrett, Alexander?

—Ya casi estamos, señorita —contestó él, lacónico.

Elsie sacó la cabeza del carro y miró impaciente a su alrededor. ¿Dónde estaba aquella encantadora granja? Vio una casa grande, de color calabaza, un poco más adelante al borde del camino, pero no podía ser esa. O sí: Alexander se detuvo en la puerta y bajó de un salto

para ayudarlas a salir. ¡Era allí! La sorpresa la dejó sin aliento.

Miró a su alrededor. Había bosque, desde luego, pero casi a un kilómetro campo a través. Cerca de la casa no había árboles, solo algunos lilos que no eran más que arbustos, en un lateral. Tampoco había hierba. Un sendero de grava ocupaba por completo el estrecho patio delantero y, con el ardiente color de la fachada y la mirada avizor de las ventanas sin persianas, la casa daba la impresión de estar de puntillas observando algo muy fijamente; el polvo del camino, tal vez, pues no parecía haber nada más que mirar.

A Elsie se le encogió el corazón de un modo indescriptible mientras John y ella bajaban muy despacio del carro y Alexander, pasando el brazo por encima de la valla, golpeaba con fuerza la puerta principal. Pasaron unos minutos antes de que la llamada tuviese respuesta. Entonces oyeron un pesado crujir de pasos acercándose por el pasillo y alguien empezó a forcejear con un cerrojo muy obstinado que no quería moverse. Luego, una voz que reconocieron como la de la señora Worrett gritó:

—¡Isaphiny, Isaphiny, ven a ver si puedes abrir esta puerta!

—¡Qué graciosa! —susurró Johnnie con una risita.

«Isaphiny» debía de estar arriba, porque enseguida la oyeron bajar corriendo, y después empezó un nuevo traqueteo en el tozudo cerrojo. Sin embargo, la puerta seguía sin abrirse y, al final, la señora Worrett acercó los labios al ojo de la cerradura y preguntó:

—¿Quién es?

La voz sonó tan hueca y fantasmal que Elsie dio un respingo antes de contestar.